

# Discurso de Alejandro Aguilar Machado con motivo del centenario del nacimiento de **Jesús Jiménez (1923)**

*Recopilado por Guillermo Brenes-Tencio*

## **RESUMEN**

El siguiente artículo le concede un espacio a la poesía posmoderna centroamericana, la cual desde la voz del 'yo lírico' convoca a la discusión en torno a las identidades y el lenguaje. Es justo allí donde la propuesta textual se convierte en pregunta, en una búsqueda que ensaya formas de (des)decir (se), en sí, modos de articular discursos y subjetividades a través de la palabra.

**Palabras clave:** Jesús Jiménez Zamora 1823 - 1897, Alejandro Aguilar Machado.

## **ABSTRACT**

The following article gives modern Central American literature a space to express itself. Its voice calls for discussion around identities and language. It's here where our proposal turns into a question, in a search which attempts to find ways to contradict and speak for other(s) and for itself, overall, different means on how to approach discourses and subjectivities through words.

**Key Words:** Jesús Jiménez Zamora 1823 - 1897, Alejandro Aguilar Machado.

*Señores:*

*El pensador escocés, iluminado para decir el más grande y elocuente tributo de admiración que en el lenguaje humano se haya expresado en homenaje a los héroes inmortales, que, cual meteoros lanzados a través del espacio infinito, recorren todos los ámbitos de la tierra, en la primera de sus conferencias emitió estos inspirados conceptos que recojo hoy, con el mismo amor con que ha sido recogida la profesión de fe de cada religión: «A mi modo de ver, la historia universal, lo realizado por el hombre aquí abajo, es, en el fondo, la historia de los grandes hombres que entre nosotros laboraron. Modelaron la vida general grandes capitanes, ejemplos vivos y creadores en vasto sentido de cuanto la masa humana procuró alcanzar o llevar a cabo; todo lo que cumplido vemos y atrae nuestra atención es el resultado material y externo, la realización práctica, la forma corpórea, el pensamiento materializado de los grandes hombres que nos enviaron. Su historia, para decirlo claro, es el alma de la historia del mundo entero».*

**Guillermo Brenes-Tencio**  
*Profesor de Estudios Sociales.  
Estudiante de Historia en la  
Universidad de Costa Rica y  
asistente de investigación en el  
Museo Histórico-Cultural Juan  
Santamaría.*

*Por eso el culto de la historia, que es la más humana de todas las religiones, se ha extendido de uno a otro confín del mundo, así entre los pueblos que materializaran toda su sabiduría en esas obras de arte que admiramos envueltas en su olímpica serenidad, como en aquellos otros que sólo pueden exhibir la obra mezquina de la ignorancia, convertidos como están, en un montón de ruinas. Pero ese culto, no expresaría su elevado sentido, ni un valor eternamente constructivo significaría, si no encontrase su necesario y hermoso complemento en la vida de los sabios, en la vida de los mártires, en la vida de los grandes patriotas, en suma, en la de todos los que viven y en la de todos los que mueren por la causa de la humanidad, que es la de la historia en la más radiante de sus fulguraciones.*

*Y decidme, señores: cuando el pesimismo, destructor y sombrío como el huracán, pasa arrasando los mejores y más puros anhelos del espíritu, ¿no se ofrecen las páginas siempre inspiradas de la historia, como el agua del manantial que restablece las fuerzas del abatido peregrino? ¿Dónde florecen esos hechos insignes que dan pábulo a los mejores entusiasmos y esos esfuerzos llevados a cabo con la energía de los titanes y la voluntad de los dioses, por los grandes constructores de civilización, sino en aquel libro en cuyos primeros folios hubo de estampar Herodoto, el sello inconfundible de su genio? Por eso, y por ser la historia fuente inagotable de fuerzas para el alma, de ideas para la mente, de sentimientos para el corazón, una fiesta como esta que celebramos con la misma unción que en el hierofante producían aquellos ritos que en homenaje a Palas Atenea, verificábanse allí en la más alta cima de la ciudad que plácidamente extendió su arrogancia sobre el valle del Cefisa, una fiesta como ésta, tiene que grabar su recuerdo en lo más hondo de la conciencia nacional, dejando allí algo que se asemeja a ese aroma de las mañanas estivales, cuyas fragancias son bálsamo para los dolores, y recreación y contentamiento para los placeres.*

*El homenaje que estamos tributando a un varón escogido de nuestra pequeña historia, por la virtud de su secreto sentido, se trueca desde la presente semana cívica, en la consagración que un pueblo hace de la justicia, delegando para ello su poder soberano, en el alma de toda su juventud, que esa alma, cual la hostia de la sagrada eucaristía, ostenta su blancura como símbolo de unión y de paz.*

*Aquí le tenéis representado en un bronce inmortal! En este monumento, que, más que un premio al esfuerzo de un distinguido ciudadano en pro de la cultura de la patria, es el símbolo que ha mantenido en el alma costarricense, y mantendrá de hoy más, el profundo sentido de la historia. Este bronce que no logró sacudir de su severo pedestal ni una pasmosa trepidación de la tierra; este bronce que bien puede recibir, sin conmoverse, la violenta descarga de los rayos del cielo, expresa el mensaje de amor que el tiempo transmite por medio de los grandes hombres, para abrazar a las generaciones que ya pasaron con el fondo de sus méritos, y también el de sus miserias, con las generaciones que están por venir, perpetuando así en el espacio, la obra de la fraternidad, que es la misma voz de Dios contando las inefables armonías de un himno a la concordia, sobre este valle de lágrimas!*

*La misión que se me ha confiado, de expresar en este simbólico lugar y en este solemne momento, el intenso regocijo con que el personal y los alumnos del Liceo de Costa Rica, colaboran en las festividades de la presente semana, es, sin duda, bien superior a mis fuerzas. El temperamento más tranquilo y reposado, habría de ofuscarse cuando a sus débiles recursos, y por acto de exquisita benevolencia, se encomendase una parte siquiera de la vastísima tarea cuya total preparación, cuyo perfeccionamiento decisivo, sólo puede ser rematado con el eficiente concurso de un grupo de brillantes capacidades. ¿Podría yo, cuando menos, descorrer el velo que envuelve la fecunda labor que por la más notable de todas las causas, realizó el eminente repúblico don Jesús Jiménez, y mostrar así ante la mirada de todos los que me oyen, esa obra diáfana y resplandeciente, lo mismo que en la fecha inolvidable de su creación? Será este el más oportuno momento para acometer con decisivo entusiasmo la tarea de analizar, una por una, las múltiples y sabias disposiciones legales que, bien en forma de leyes de carácter general o bien como decretos administrativos, se emitieron durante aquella administración que hubo de iluminar a las conciencias oscurecidas de los costarricenses, en la época de nuestra vida patriarcal, en la cual fué la virtud tan abundante como el oro? Tal labor habrá de representar el esfuerzo de los ciudadanos que en estos días, unos aportando en ideas concisas y entrelazadas, como los hilos de un tejido, el producto de sus empeños; otros ofreciendo en abundante y provechosa documentación, el resultado de sus laboriosas y pacientes investigaciones; éstos defendiendo con entusiasmo el rasgo que más les cautiva en la vida del prócer, aquéllos diluyendo las equivocaciones de él, -¿quién no las tiene?- en el fresco manantial de sus aciertos, todos habrán así de formar la corona inmarcesible que cubrirá la venerable frente suya, al cubrir con solícita simpatía su recuerdo: esa corona con que la posteridad, libre de suspicacias consagra a las glorias legítimas del pasado: esa corona que los contemporáneos pretendieron disputarle el egregio tribuno que inmortalizó con su frase esmaltada de los mejores brotes del genio, y de las más sinceras y hondas convicciones de los patriotas, las románticas batallas de Grecia, la heroica; pero que la posteridad no le ha negado, ni le negará, en tanto inflame la llama de la civilización, siquiera uno solo de los recodos del mundo, que allí estará pese a la estulticia y a la ingratitud, la justicia incommovible y severa!*

*En esta solemnísimas oportunidad, me propongo destacar del articulado de nuestra Carta Magna una disposición legal que es todo un tesoro para la legislación patria. No quiero decir que esa disposición sea el más sabio, el más hermoso, el mejor de los textos de aquella ley fundamental. Así no lo digo, porque lugar tan preferente sólo corresponde al texto que estatuye la inviolabilidad de la vida humana; disposición esta que pone todavía espanto en algunos espíritus retrasados, con los tremendos espasmos del condenado que agoniza, tal vez bajo el peso de una sentencia injusta, y se regocijan asimismo con la confusión lúgubre y loca del patíbulo, cual si fuese tamaño atentado de lesa humanidad un festín para las pasiones, exaltadas por el vapor del vino y por el sensualismo morboso, como aquellos festines de los Césares decadentes, en la Roma que sentía ya marchitarse los laureles de sus no interrumpidas victorias!*

*Pero, inmediatamente después de la garantía de la vida, ningún principio constitucional es tan digno de todo nuestro afecto como el que establece la enseñanza gratuita y obligatoria y costeadada por la nación, desde que ésta traza la norma dentro de la cual se desenvuelve la vida del espíritu, que engrandece y dignifica al hombre. Íntima es la armonía, seguro y definitivo enlace que liga y complementa aquellas dos disposiciones de la Constitución, confundidas ambas, como dos blasones de refulgencias infinitas en el escudo de la República!*

*Inviolabilidad de la vida... ¿Qué vida? La vida material no es ni puede ser inviolable, porque toda obra de la naturaleza física, porque toda obra que pertenece al dominio del tiempo, es arrastrada por el vertiginoso movimiento de la materia, que, de continuo evoluciona y cambia. Perdurar sólo puede la vida del espíritu, pues sus frutos concentran en ellos mismos, energía capaz de domeñar las exaltadas inquietudes del tiempo y el vaivén constante de los mundos. Ah! sí... los conceptos y las ideas, excelsos brotes del orden mental, así se expresen con el pincel, que habla el lenguaje de los colores, o con las notas, que en misterioso consorcio interpretan las sublimes sinfonías de la música, o con el pensamiento, que es el alma que alienta el verbo, perdurarán como una vibración que se hubiera transmitido en las potentes alas de los siglos, tal vez de raza a raza, quizás de pueblo a pueblo; pero siempre vigorosos y firmes y seguros siempre.*

*¿Y cómo fuera posible forjar el mundo del espíritu sin derramar a torrentes la luz de la enseñanza sobre la tímida conciencia de los pueblos? Esta es la gloria que nadie le puede disputar a don Jesús Jiménez. Llevó aquella luz a la mente de sus conciudadanos; rompió con ella los vapores que empañaron para nosotros, las conquistas de la civilización de los pueblos más grandes, conquistas de que no pudieron disfrutar nuestros antepasados, mientras duró ese estado caótico, semejante al que tienen los planetas en su primitivo desenvolvimiento, y por el cual pasan los conglomerados humanos al dar los primeros pasos, vacilantes y nerviosos, en la vida. Y con esta labor que merece ella sola todas las glorificaciones de la historia, consolidó aquel noble centenario, cuya efigie de apuesto caballero admiramos en este bronce, que la inmortaliza, el postulado de la inviolabilidad de la vida, el cual se halla establecido, aun cuando no se diga expresamente, para eternizar las obras del espíritu, únicas que sin sufrir las angustias de la fatiga, pueden saltar sobre el lomo ondulado del tiempo.*

*Por todo ello, estos días son de fiesta para el Liceo de Costa Rica. Y, recogiendo en la plácida actitud de un ensimismamiento, este centro de cultura enarbola en el asta, desde la cual flotan sus ideales, como una bandera de esperanza, el luminoso estandarte que consagra este pensamiento del benemérito don Jesús Jiménez: «El pueblo que tenga más y mejores escuelas, será el primero de los pueblos».*

**ALEJANDRO AGUILAR MACHADO.** Nació en San José, en 1897. Cursó estudios en el Liceo de Costa Rica y en la Escuela de Derecho. Fué un brillante orador, escritor y diplomático. Además, se desempeñó como docente y como director del Liceo de Costa Rica y del Colegio de San Luis Gonzaga de Cartago. Catedrático de la Universidad de Costa Rica. Entre sus obras se hallan: *Opiniones y discursos* (1929), *Miscelánea* (1949), *Historicismo o metafísica* (1950), *La esencia del hombre y de lo humano* (1953), *Impresiones de un viaje* (1956), *Reflexiones sobre la muerte* (1958) y *Su voz en mí; la inmortalidad y otros ensayos* (1962). Falleció en noviembre de 1984.